Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

66 **Cámpora, el elegido de Perón**



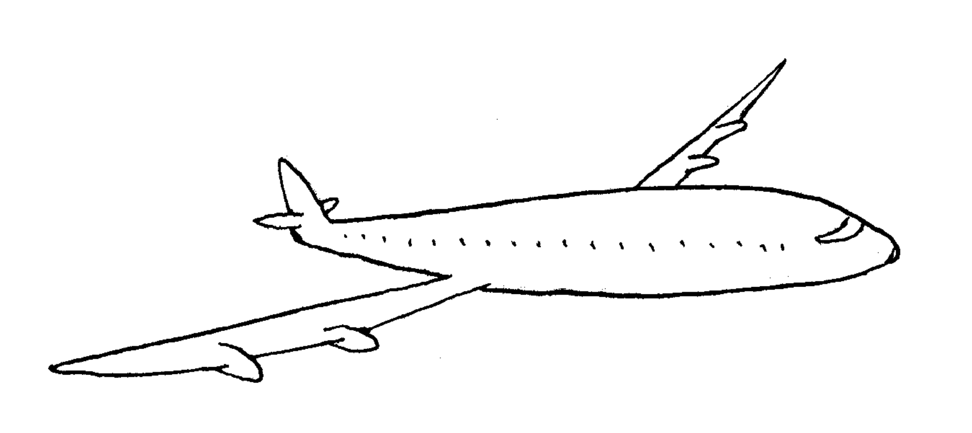
Suplemento especial de
Página|12

JETONES Y MILITANTES

Perón nunca llega solo a la Argentina. Una comisión de jetones varios habrá de acompañarlo en los dos regresos. “Jetón” es una palabra de la militancia de la época. Había “militantes” y había “jetones”. El jetoneo de algunos se aceptaba. Era necesario. Teníamos un gran jetón: el general, el conductor en batalla, el conductor estratégico. Que el conductor estratégico jetoneara era lógico y saludable. Pero en el peronismo estaba lleno de jetoneadores profesionales. Por ejemplo: una actriz menuda y rubiecita había aparecido –cosa que hacía con frecuencia– en un programa de tele. Y le preguntaron (correría el mes de junio de 1972): “¿Qué le diría a Perón?”. Lo pensó un poco, y luego, dura, muy resuelta, dijo: “Que piense antes de hablar”. ¡Pavada de respuesta! Qué coraje, qué valentía, cuánta convicción. ¡La noche del 11 de marzo del ’73 estaba en el primer piso del edificio de Oro y Santa Fe, asomada a la ventana y haciendo la V de la victoria peronista! Un jetón era la antítesis del militante. El jetón iba detrás de las luces. Estaba en los reportajes. En los reportajes de las revistas. En los colectivos o los individuales. Ese doctor Bellizi, por ejemplo. Un Favaloro de tercera. Ese no faltaba a ninguna. Matera ni qué hablar. Nunca decía nada ni se decidía por nada. Cauteloso, quería seguir a flote ganara quien ganase. Galimberti, ¡un campeón del jetoneo! Pero estaba al frente de la Tendencia y le daban mucha prensa. Lo recuerdo a Jorge Bernetti diciendo: “¿Le falta prensa a este muchacho, no?”. Los actores. Pero no todos. Además, algunos eran necesarios como jetones. Juan Carlos Gené era un tipo fenomenal. Un militante lúcido. En la campaña del Frejuli habrá de ser importante. Sé que me adelanto. Pero, ma sí, me adelanto. Gené habrá de crear un personaje entrañable. He leído que le dicen el Toto en algún lado (o en uno solo, porque ¿quién se acuerda de esto?). Pero no: Gené hacía el Mencho. (Es, al menos, el nombre que yo recuerdo. Puedo equivocarme y era nomás el Toto. Pero no cambia mucho. Pero si era el Toto, ¿de dónde inventé yo el Mencho?) “El Mencho te la canta clara.” Les reproduzco uno de sus monólogos (lo juro) punto por punto, o casi. El Mencho (como Discepolín en *Mordisquito*) le habla al votante peronista. Y dice: “Cuando vó entré al cuartoscuro, tranquilo. Pausa y adelante. Fichás todas las boletas. Si no está la del Frejuli. Oíme: solamente si no está la del Frejuli, entendé. Si no está la de Alsogaray o la de los radichas vó no te calentá. Pero si no está la del Frejuli salís del cuartoscuro y te dirigís al presidente de mesa. Ahí no decís como un boncha: ‘Falta la boleta del Frejuli y no puedo votar por el dotor Cámpora, aunque hubiera preferido votar por el general Perón pero el régimen una vez má me lo impide’. No, nada de eso. Vó decí: ‘Faltan boleta’. Eso solo. Si el presidente de mesa te pregunta, porque por ahí es de la contra y te quiere embromar: ‘¿Podría decirme cuáles’? Vos, musa. Ni una palabra. Vó repetís: ‘Faltan boleta’. Ahí se avivan que sos un tipo piola y no te van a poder empaquetar. Entonces entra un tipo al cuartoscuro. Ve que faltan las del Frejuli. Y las repone. Si cuando sale te dice (porque todo está lleno de peligros y asechanzas): ‘Faltaban solamente las del Frejuli, ¿nos lo pudo haber dicho, no?’, vos, musa. Otra vez, musa. Con esa gente, no hablá. Entrás, metés la boleta del Frejuli en el sobre, salís y metés el sobre en la urna. Y chau. Despué te vas. ¿Sabé por qué no había boleta del Frejuli? Porque matamo, viejo. Van a tener que imprimir tré millones más. Porque nosotro, a las urna, la reventamo. Vó creele al Mencho. Que el Mencho te la canta clara”. La músiquita de apertura y el tono pampeano de Gené eran sublimes. Pocas veces un actor tan formidable encarnó a un personaje popular para una causa política. Gené cometió otros pecados, pero es muy posible que se haya tenido que rajar por el Mencho. Muchos votos le habrá arrimado al Frejuli su entrañable personaje. No sé si algo queda de eso. Pero habría que recuperar ese material. Era arte. Del grande. (*Nota:* Desde aquí, maestro Gené, te saludamos con admiración y ternura. Ahora estás más viejito y te dan premios a la trayectoria y todos los que te den te los merecés. Como el gran premio del Fondo Nacional de las Artes. Lo que quieran, que te lo den. Tuviste, como todos nosotros, mala suerte. Tenés la mejor dicción que un actor haya tenido en este país. Pero te tuviste que rajar como un delincuente. Bueno, ya está. Los que sobrevivimos, mal o bien, seguimos adelante. Pero el Mencho, él sí, merecía mejor suerte. Porque él se murió. Duró lo que dura una campaña electoral. A él, ésa, nadie se la cantó clara. Nadie la sospechaba. Sería lindo hacer el Mencho de nuevo. El Mencho, ahora. Te la canta clara, hoy. “¿Vó me preguntá por qué todo se fue a la mierda? Mirá, parece que al general, eso del socialismo, no le gustaba como nos había dicho. Má bien le tenía asco. Parece que ese soyapa de López Rega, de soyapa... nada. ¿Vó te acordá de Hitler? Mirá, a López Rega ponelo a la derecha, ¿entendé? ¿Y sabé dónde te lo poné al socialismo nacional y a latualización dotrinaria? Tal cual. Ahí mismo. Y si te duele, te jodé”. Salud, maestro.) Volviendo a los jetones. En sus dos retornos Perón eligió figuras públicas para que lo acompañaran. En el del 17 de noviembre viajaron: Hugo del Carril, José María Castiñeira de Dios, José María Rosa, Juan Carlos Gené, Antonio Cafiero, Carlos Menem (un político con futuro en el justicialismo, un hombre al que este país jamás olvidará), Miguel Angel Bellizi (el cirujano que mencioné más arriba, el Favaloro de tercera), Nilda Garré (muy jovencita, bonita, esquivando los manotazos), Juana Larrauri, Marta Lynch (que se anotaba en todas, hasta que se anotó con Massera y resolvió esa desdichada cuestión pegándose un tiro cuando vio que la democracia venía dura y con bastante memoria, al menos con gente como ella), Guido Di Tella, Rogelio Coria, el cura tercermundista Carlos Mugica, Eduardo Luis Duhalde, el compañero de Ortega Peña (la fórmula era “Ortega Peña y Duhalde”), deportistas como Sanfilippo (que habrá de pasar a la historia por decirle al arquero Sergio Goycochea –luego del 0-5 contra Colombia–: “Te comiste todos los amagues, pibe”), un boxeador hoy bastante olvidado: Abel Cachazú, Marilina Ross, Silvana Roth (que se convertiría en una caza-zurdos), Leonardo Favio (¿quién si no?), Chunchuna Villafañe (una modelo bonita famosa en ese momento por decir: “Guau”, hizo después un gran papel en *La historia oficial*) y un montón más. En suma, como dijimos, Perón nunca llega solo a la Argentina. Ahora bien, en este viaje traía a esa gavilla a la que habría que acostumbrarse. Isabel, López Rega, Lastiri y el resto de la familia. Pero hay un personaje que quiero señalar.

EL ENIGMÁTICO MILO DE BOGETICH

Claro, los peronistas evitan hablar de él. Es de gorilas hacerlo. De estos personajes se alimenta un periodista como Gambini. Su error es que los agranda mucho y empequeñece otras cosas. No importa. Hace bien en señalar esto. La cuestión es así: en este primer retorno el jefe de custodia de Perón es el coronel Milo de Bogetich. ¿De dónde sacó Perón a este personaje? El hombre no es para hincharse de orgullo. ¿Se lo habrá prestado Franco? Bogetich era un criminal de guerra colaborador del carnicero Ante Pavelic, que entró en Croacia y si dejó vivo a alguien habrá sido porque se distrajo. (*Nota:* En la plaza Castelli, en Belgrano R, junto a las vías, dormía y vivía en una casucha de dos o tres latas uno de esos personajes a los que hoy, muy finamente, se llama *homeless*. Los pibes –tendríamos nueve años– nos entreteníamos hablando con él, que nos decía que era croata. Todos los días lo visitábamos y le preguntábamos qué era. “Croata”, contestaba. Todos los días le decíamos: “Qué va a ser croata usted, don. Usted es un croto”. Nosotros rajábamos y el tipo nos puteaba. Al día siguiente se había olvidado y otra vez le preguntábamos qué era. Así de perversos éramos los pibes de los años ’50. Otra que los de hoy.) Ahora, Bogetich, que si había colaborado con Pavelic habría liquidado más o menos mil seres humanos, viaja en el asiento de atrás de Perón. Cuidándolo. Es un furibundo anticomunista. Si habla con el general es para decirle que hay que matar a todos los bolches. Después, en época de la Triple A, se lo dirá a Isabel. ¿Qué le habría costado a Perón –para dejar feliz a la Jotapé que estaba por lanzarse vibrantemente al esfuerzo de la campaña electoral– traer de custodia a algún coronel del Ejército Revolucionario de Castro? ¿Qué con esto quedaba como un comunista? Y con Milo, ¿cómo qué quedaba con Milo de Bogetich? Como un aliado de Occidente. Tiempos de la Guerra Fría: un nazi vale más que un comunista. Hasta puede ser un aliado. Además, Milo terminó por ser más un hombre de Isabel que del general. Se peleó con López Rega por enfrentarlo con torpeza, con necedad. Pero, a partir de 1981, cuando Isabel se instala en Puerta de Hierro, luego de los cinco años de su cautiverio bajo los militares, Milo se transforma en el secretario privado de la señora. La acompaña a todas partes. Atiende a sus visitantes: a todos les dice que la señora no habrá de recibirlos. Y las malas-muy malas lenguas dicen que el croata visitó su lecho durante largo tiempo, al menos hasta que a la señora dejó de importarle esa faceta de la vida. Milo de Bogetich no es lo peor ni lo mejor ni menos aún lo más importante de Perón e Isabel, pero creo que ayuda a mostrar una zona oscura de la cual la militancia ignoraba todo. Nadie habló de este personaje en noviembre de 1973. Por las dudas, antes de cerrar el tema, le hablé a Sergio Kiernan para preguntarle si lo conocía. Sergio, que consulta a menudo los





escritos de Uki Goñi, lo busca en *La otra Odessa* y no lo encuentra. Pero luego busca “Ante Pavelic” y Uki –que vive consagrado a este tema– informa en su libro que Pavelic se exilió en la Argentina en 1948, y vivió en una casa de la calle Olazábal, Belgrano R. No voy a entrar en el tema del nazismo de Perón porque ya lo traté cientos de páginas atrás. Hay que entender algo de una buena vez: aunque haya traído a miles de nazis Perón no fue lo fundamental que hay que ser para ser nazi. *No fue racista*. El *racismo* es el punto ideológico esencial del nazismo. Para mi novela *La sombra de Heidegger* me devoré *Mi lucha* y *El mito del siglo XX* de Alfred Rosenberg, el libro basal del nacionalsocialismo luego del de Hitler. El biologismo nazi se establece a partir de la raza. Del estudio de las razas para establecer la supremacía de la aria. Perón fue el menos racista en la Argentina del ’45. En tanto todos despreciaban a “esos negros de mierda” llegados del interior del país, Perón los cobijó. La oligarquía argentina es racista: odia a la negrada y odia a los judíos. Perón nunca tuvo problemas con los judíos. Los tuvo con la Iglesia Católica. Y punto. El resto es el viejo intento de los organismos de inteligencia norteamericanos para demostrar que su política hacia Perón en 1945 (por medio de su embajador Spruille Braden) fue correcta. Pero el dato de Goñi nos sirve. Es posible que Bogetich haya entrado junto con Ante Pavelic y ahí haya tomado contacto con Perón. Raro, porque Perón no usó políticamente a los nazis. Salvo en esas cuestiones científicas que nunca le salieron bien. Pero hay otra cuestión. ¿Cómo le era posible a Perón tener en sus cercanías a un tipo como Milo de Bogetich? ¿No le molestaba su historia? ¿Cómo es posible tener de custodia personal a un carnicero nacionalsocialista, esbirro del célebremente monstruoso Ante Pavelic, y, a la vez, declarar, cuando se muere Ernesto Guevara, “murió el mejor de los nuestros”? Se dice que nadie entiende al peronismo. Se dice que ningún argentino se lo puede explicar a un extranjero. Si primero hay que entender a Perón, entender al peronismo ha de ser sin duda muy arduo.

PERÓN NO LA VE CLARA

Perón se manejó en medio de constantes contradicciones. Era un megalómano. Un hombre que cree que puede avalar *todas* las contradicciones y –a la vez– controlarlas. (*Nota:* Que haya sido un megalómano a nadie debe resultarle extraño ni insultante. Si cada mongui que aparece en la Cámara de Diputados o en otros espacios políticos del país, hasta en una intendencia de un pueblito lejano, se cree Perón, ¿cómo no se lo iba a creer él que lo era? O sea, decir que Perón era un megalómano es una tautología. Es decir que Perón era Perón. Y se lo creía. Con toda razón se lo creía.) Porque Perón no creó esas contradicciones. Se fueron creando en tanto él estaba en el exilio. Lo que Perón juzgó acertado fue *no eliminar ninguna*. “Si llego sólo con los buenos... etc.” Al no eliminar ninguna (y cobijarlas a todas bajo la amplia concepción del *movimientismo*) creó ese gigante invertebrado y miope que denunciaba Cooke. Que resolvía ese problema transformando al peronismo es un partido de extrema izquierda. Era una solución. La otra, la que toma el hombre de Madrid, el gran titiritero, es, pensándolo bien, la que genera la violencia que habrá de aniquilar su tercera presidencia y llevarlo a la muerte. Una sumatoria podrá servir para el asalto al gobierno. Pero no para tomar el Poder. Aquí, todas las fracciones que fueron avaladas en la primera etapa consideran que debe liderar la segunda. O porque debe ser una etapa dialoguista y conciliadora. O sea, gradualista. O centrada en el partido y la política. O en los sindicatos y su inserción en la clase obrera. O en la militancia o en la violencia. O en ambas cosas. (Está claro que los Montoneros le exigen a Perón una equivalencia entre *sangre* y *poder*. Tantos muertos pusimos tanto Poder queremos.) El resultado es que todas las partes se enfrentan entre sí. No por medio del diálogo, sino por la violencia. Se da la primacía de la sangre sobre el tiempo porque todos quieren el poder *ahora*. El conductor debe entonces privilegiar *una línea*. Al hacerlo sólo podrá desatar la guerra, pues la política quedó atrás. El movimiento se consume en sus luchas internas. El poder se torna más inexpugnable y hasta se burla de quienes planificaban “tomarlo”. Y prepara sus garras: no va a dejar a ninguno de esos aventureros en pie. Incapaz de controlar todas las contradicciones que dinamizó durante la etapa de la toma del gobierno, el conductor languidece. Además, está viejo y cansado. Está irritable. Y le surgen reflejos primitivos. Le surge el milico del Círculo Militar. El que enseñaba *Teoría de la guerra* y *Doctrina de la guerra*. Creo –ya lo veremos mejor– que la irritabilidad de Perón con la “juventud maravillosa” es demasiado súbita, demasiado extrema. Creo que su complacencia con los grupos parapoliciales es irrefutable. Basta como referencia la actitud violenta, anticonstitucional, *increíble* (hoy, cualquier presidente debería renunciar por algo así) con la periodista Ana Guzzeti, que preguntó a “Dios” algo que “Dios” no quería oír. Aquí, en esta encrucijada, Perón vuelve a tener una sola cara: la del presidente militar que perseguirá a la izquierda marxista, subversiva, infiltrada. Esta izquierda, a su vez, que tenía otro tipo de locura, en lugar de guardarse, iniciar una retirada táctica, no cejará en sus ataques, logrando incluso justificar el desplazamiento de sus propios aliados políticos (Bidegain). Del modo que sea, el conductor no puede conducir esa guerra. *Perón no esperaba encontrarse con una militancia juvenil tan autónoma frente a su conducción, tan irrespetuosa, tan agresiva.* Aunque siempre criticaron al Peronismo de Base y a la alternativa independiente (que encarnaba, por ejemplo, nada menos que un Ortega Peña, aunque el PB venía de antes), los Montoneros no tuvieron problema alguno en ser *alternativistas*. No bien Perón los agredió desecharon su conducción. Algo así era inimaginable para el líder. No lo había esperado. Llegó con muchos, pero no pudo conducirlos.

Jorge Antonio tuvo una participación fuerte en la campaña electoral, en el avance hacia el gobierno. Esta participación lo llevó a estar muy cerca de Montoneros. Financió la revista *Primera Plana*, que cambió su orientación elitista y gorila por una peronista y fierrera. Un empresario cordobés con el que éramos bastante amigos, un típico judío gorila de clase media, de esos que creen que el peronismo está lleno de nazis y votan a los radicales, me decía: “Pero che, ¡qué mierda se volvió esa revista *Primera Plana*! Antes era para exquisitos y ahora se volvió peronista y facha!” No la compró más. *Primera Plana* fue un cañonazo para la Jotapé. Ahí, junto a Arturo Armada, me hicieron el primer reportaje de mi vida. Nos lo hizo Leonardo Bettanín, luego asesinado por el videlaje. Bettanín le puso de título: “Los jóvenes lúcidos”. ¡Para qué! Las cargadas que nos ligamos. “Che, José, yo creí que eras un tipo más o menos piola, pero un joven lúcido... que lo parió. ¿Te puedo seguir tuteando?” Y Miguel Hurst era un tornado: “¡Pelotudo! ¿Cómo dejás que salga con ese título?” “¿Qué sé yo? No sabía que Bettanín se lo iba a poner. Nos quiso hacer un favor.” “Bueno, decile que los cagó.” En suma, el primer reportaje de mi vida fue una mierda. Y posiblemente el último también lo sea. Pero así eran los tiempos. Si Bettanín hubiera puesto: “Los jóvenes que se juegan”, todo habría estado bien. Pero ¡lúcidos! Eso daba inteligencia pero no militancia, compromiso, lucha.

Primera Plana funcionó muy bien. Sacaron tapas memorables. Una con Martín Fierro cargando una metralleta a la espalda. No sé si agarran el mensaje. Todo era un poco así. Ibamos hacia el Poder y nada podía detenernos. Para colmo, Martín Fierro estaba de nuestro lado y había aprendido a usar los fierros, no ese cuchillo de mierda que Hernández le había dado. Al dar la guita para la revista, Jorge Antonio conoció de cerca a los montos. “Perón –dijo– estaba convencido de que los Montoneros le iban a responder siempre. Yo le aseguré que no, porque yo tenía mucho más contacto con los Montoneros que él. El tenía contacto, les daba directivas, pero ante él no se explayaban. Ante mí se explayaban con más claridad. Yo le advertí a Perón: ‘Mire que esto es riesgoso. No les dé tantas alas en el país porque después usted va a tener un problema’. El me dijo: ‘No, Jorge, quédese tranquilo que cuando lleguemos al país y lleguemos al poder, si los muchachos se ponen ariscos –fueron textuales palabras– *yo voy a agarrar un vaso de agua, micrófono, hablaré y se irán tranquilos a su casa*’. Le dije: ‘Ahí se va a llevar la primera gran desilusión. Ahí se va a llevar usted el primer susto que le van a dar las juventudes actuales, y lo comprometo a que me lo recuerde’. Me dice: ‘No. Quédese tranquilo, que eso lo manejo muy bien’.” ¡Se lució, general! Le falló la visión estratégica. La táctica. Le fallaron todas las visiones. Los muchachos de los ’70 ya no eran los niños de los ’50. *Además, ya estaba Castro*. Ya estaba Allende. Ya el Che Guevara los había ilusionado. Y, como le dice Jorge Antonio, usted les había dado demasiadas alas. En fin, dejemos esto para más adelante. Pero este diálogo entre Jorge Antonio y Perón es decisivo. La frase de Perón: “Eso lo manejo bien” no sólo revela su omnipotencia sino su error garrafal. Porque “eso”, para colmo, lo manejó muy mal. El reportaje a Jorge Antonio está en el libro de Felipe Pigna, *Lo pasado, pensado*, ed. cit., p. 245. En cuanto a Antonio sólo esto: cierta vez, en un programa de Neustadt, Bernardo Corcho Siempre a Flote le pregunta: “¿Cuántos hijos tiene?” “Siete.” “¿Cuántos propios y cuántos adoptados?” Jorge Antonio, sin hesitación alguna, dice: “No, todos son hijos míos”. Hasta Neustadt se emocionó. Las cursivas del reportaje me pertenecen. Volveremos sobre este material.

MUERTE DE PERÓN EN TANTO TOTALIZACIÓN ÚNICA Y SIGNIFICANTE VACÍO

Para un conductor, no poder conducir es la confesión de su Muerte. Así, Perón, el líder que ya no conduce la totalidad, se muere. De haber llegado con menos, su gobierno habría tenido más coherencia. El habría vivido. Y desde el gobierno habría podido acumular el poder que requería. Porque: *El poder no se toma, el poder se crea. De nuevo: el poder para tomar el poder es una creación*. Perón pudo hacerlo. Pero no, nunca con un movimiento caótico y meramente cuantitativo que empezó a devorarse a sí mismo. Por último, hay algo muy doloroso, muy triste, que acaso torna vanas todas estas reflexiones: Perón volvió viejo y enfermo. Volvió tarde. El régimen gorila demoró tanto su aceptación que lo aceptó cuando él casi nada podía hacer. No vino para gobernar, vino para morir y deteriorar su imagen para la posteridad. Ahora hasta buscan enjuiciarlo por la Triple A. Sin duda, Perón sabía lo de la Triple A. Ya no caben dudas hoy. Ahora –si para blanquear a Videla y sus asesinos– se empieza a juzgar a todos los jefes de Estado bajo cuya responsabilidad se cometieron asesinatos empiecen por Mitre, sigan con Roca y con Yrigoyen y la Patagonia Trágica, tal vez los radicales puedan aportar algunos documentos. Y esos mataron mucho más que la Triple A. Desde este punto de vista, si los sindicatos andan pintando esa consigna dura y que evoca otros tiempos de hacer política en la Argentina, habrá que comprender que les debe irritar bastante que se use a Perón para demostrar que delitos de “lesa humanidad” no sólo se cometieron bajo el Proceso. Este, por ejemplo, es el inocultable propósito del periodista Gambini, mal historiador y hasta mal bicho en circunstancias. La consigna es: *No jodan con Perón*. Le falta algo: ¿O qué?

Sin embargo, Perón supo tener *una cara*. Una cara *totalmente hegemónica*. En su mejor etapa el pueblo que lo sigue y que lo ama, a él y a su mujer, Evita, sabe lo que es, lo que representa: es un líder popular, nacionalista, estatista, proteccionista y distribucionista. Si no, el pueblo no lo habría seguido. Esto es importante: *el pueblo tuvo que entenderlo para amarlo*. Lo entendió menos desde la ideología que desde los hechos concretos: Perón era el que los defendía y el que les daba lo que nunca habían tenido. Y no nos engañemos ni seamos injustos con él: *les dio lo que nunca habían tenido y lo que nunca volverían a tener. Y fue el único que hizo algo semejante*.

Repasemos algunas cosas y añadamos otras: es desde el exilio que está obligado a serlo todo. Porque el movimiento se desbanda en demasiadas facetas y él tiene que potenciarlas a todas y retenerlas. “Si llego sólo con los buenos llego con muy pocos.” ¿Fue acertada esta política? ¿Se puede llegar con todos? Para lograrlo hay que ser *todos* y hay que ser *ninguno*. De aquí que a esa reiterada pregunta sobre su nazismo habría que responder: “¿Perón, nazi? No, *tampoco fue eso*”. Al querer conducir a todos se obligaba a no estar con nadie. Al no estar con nadie él sólo estaba con sí mismo. Pero, ¿quién era él? El tenía que ser *todos*. Al ser *todos* y no estar con *nadie* él, Perón, se condenaba a ser *nada*. De aquí la fórmula de Laclau: *un significante vacío*. Perón totaliza a todos. Pero, ¿quién totaliza a Perón? Alguien se totaliza cuando podemos decir de él que es *algo*. Perón totalizaba a todos al costo de no totalizarse a sí mismo. De hacerlo sería *algo*. De ser

algo ya no podría ser *todo*. De ser *algo* tendría que elegir a los que eran como él. Y ser Perón era ser *todo*. El punto en el que todas las contradicciones del movimiento encontraban su *unidad*. El cuerpo de Perón era la *unidad del peronismo*. El problema se le presenta a partir del 20 de junio de 1973. Es la Tendencia la que no acepta su conducción. Primero le pide compartirla. Le pide partir al *todo* en dos partes. Imposible. Luego lo desobedece. Al hacerlo lo obliga a combatirla. Para combatirla tiene que elegir a unos en contra de otros. Al hacerlo deja de ser ese *significante vacío* que podía contener a todos los significantes. Ahora él es un significante más. Ya no es la *unidad del movimiento*. Es una parte, pues ha debido optar por una. En suma, la Juventud Peronista mata a Perón en tanto *totalización última, significante vacío y unidad del movimiento.*

EL PODER PARA TOMAR EL PODER SE CREA

Ignoro si –como dicen Anguita y Caparrós– habrán sido Elvio Vitali y su amigo los inventores de la consigna del *doble poder*: "La Casa de Gobierno/ cambió de dirección/ Está en Vicente López/ Por orden de Perón". Aunque, si uno lo piensa mejor, si se detiene un poco, tiene que haber sido así. De lo contrario, Anguita y Caparrós no lo habrían contado. Y ellos son gente de fiar. Porque –por suerte– todavía se puede creer en algunas personas. Entonces a la consigna del *doble poder* le diremos también la consigna de Elvio y el Negro. Se trata de una consigna fundamental para entender la historia del peronismo desde el '55 hasta el regreso de Perón y hasta la tercera presidencia del líder popular.

En el frío mes de diciembre de 1984, en la Universidad de Maryland (por eso el diciembre era frío), hubo un congreso de escritores y ensayistas. Mi ponencia giró en torno del tema *política y verdad* y uno de sus pasajes esenciales llevaba por título: *El doble poder*. Durante la época en que surgió la consigna del doble poder "se hablaba más de la *creación* del poder que de la *toma* del poder. El poder se creaba a través de la movilización popular. (*Nota:* No es casual que el Nº 9 de *Envido*, de fecha mayo de 1973, salga con una tapa cuyas grandes letras dicen: *Gobernar es movilizar.* Esta notable consigna –siempre presente, siempre necesaria en teoría política– fue fruto de la imaginación y el talento de Horacio González. Para todos nosotros resultó luminosa. Como cualquiera podrá imaginar, cuando Perón, el 21 de junio del '73, larga su orden de iniciar la "etapa dogmática", nosotros no podíamos sentirnos agradados por esa propuesta. Lo veremos. Pero, quién no lo ve, Gobernar es movilizar y Etapa dogmática son antónimos. Una consigna propone la libertad, la imaginación, la creatividad más absoluta. La otra es autoritaria y dictatorial.) Había un *poder del sistema*. Un poder institucional representado por la gran burguesía y las Fuerzas Armadas. Y había un *poder popular*. Un poder que se construía en el llano. Un poder que surgía de la organización militante del pueblo.

"Había, entonces, dos casas de gobierno: esto quería decir en su nivel profundo la consigna que citamos. Una era ilegal, no respondía a la voluntad popular. La otra era verdadera, legal, estaba legalizada por la adhesión de las masas. El verdadero presidente de los argentinos era Perón aun cuando no habitara en la Casa Rosada. Porque Perón era el político cuyo liderazgo reconocía la mayoría y por cuyo retorno había luchado dieciocho años" (*Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, Eudeba, Buenos Aires, 1988, p. 87). (*Nota:* Causó irritación mi ponencia. En 1984 la intelectualidad pertenecía al alfonsinismo y algunos habían incurrido en un gorilismo intenso. Sobre todo, creo, los profesores del exilio universitario que impulsó Onganía. Adolfo Prieto –a quien yo estimaba, pues había leído un buen par de libros suyos sobre teoría crítica– me dijo, con enojo, cómo me parecía pertinente tratar en la primera parte de mi trabajo el *Facundo* y en la segunda eso del "doble poder" de la Juventud Peronista. "Es ponerlos en un mismo nivel." Bueno, pero me he jurado no revelar intimidades de ese congreso. Sólo insistiré en el inefable maestro Halperin Donghi y su anécdota sobre Delia Parodi y los Jotapé que la visitaron. ¿Quién si no él, con su ácido humor, tan corrosivo, podía desnudar la esencial idiotez de la generación del '70? Brevemente: los jóvenes le hablaron a la señora Parodi de Evita, de la apasionada visión que de ella tenían. Y, apenas aguantando la carcajada, don Tulio dice: "Y la Parodi les dijo: 'Pero miren que la señora no era así, eh'". Jamás voy a perdonar esto. Sé que don Tulio ha sido generoso con gente que quiero, como Jorge Lafforgue, que le escribió un gran prólogo para un libro sobre los caudillos argentinos, sé que leí ese prólogo y me pareció bueno, pero no: no puedo perdonar ese chiste siniestro. Para don Tulio (lo dijo en Maryland): "Esa generación iba alegremente al desastre". El país entero iba al desastre, don Tulio. Menos usted, que daba clases en Estados Unidos porque Onganía lo asustó mucho.)

El *doble poder* no llevaba a la militancia a la paralización. Un poder en Madrid. Otro en la Casa Rosada. Había que unificarlos. Había que poner al hombre de Madrid en Balcarce 50. Para eso había que militar. ¿Qué era militar? A ver si los políticos de hoy entienden esto: la militancia era territorial. Se trabajaba barrio por barrio. Los militantes tocaban los timbres de las casas y pedían hablar con las familias. Muchos eran aceptados, otros no. Pero el diálogo era mayoritario. Los militantes hablaban con los vecinos y les explicaban la coyuntura, lo que estaba en juego, la necesariedad de la participación de todos para recuperar una democracia popular. No era fácil. El militante siempre tenía una Unidad Básica en el barrio, que era su ámbito de discusión y de formación política. Ahí se elaboraba lo que saldría a decirle a la gente. Había que empezar hablando de las cosas cotidianas. Del pan, del azúcar, del alza de la carne. Y por supuesto: del fútbol. El militante de 1973 tenía que saber mucho de Huracán y del flaco Menotti. Huracán era el ejemplo a seguir. Sus jugadores no sólo jugaban bien, sino que tenían un compromiso con la política. Menotti, que era el DT, seguramente los había impulsado a la politización. En 1973, los jugadores de Huracán (que habría de ganar el campeonato metropolitano, un campeonato que surgió luego de eliminar el largo campeonato nacional que abarcaba el año entero) firmaron una solicitada de apoyo al peronismo. Coincidiendo en que existían países imperialistas y países dominados, abrazaban la opción fundamental de la época: *Liberación o Dependencia*. También Menotti firmó esa solicitada. (*Nota:* A mí me revienta cada vez que veo una foto de Menotti con Videla. Y habría dado –según suele decirse– *no sé qué* para que esa pelota que pegó en el palo de Fillol entrara y Holanda no le recibiera la Copa a Videla. Sin embargo, honor al mérito. Como a Menotti ya lo tienen podrido con el Mundial del '78, cierta vez dijo: "Miren, ya estoy harto con esto del Mundial. Se lo regalo a Bilardo. Lo ganó él". Consultar: Roberto Di Giano, *El fútbol y las transformaciones del peronismo*, Leviatán, Buenos Aires, 2006.) Esto, si el militante territorial lo sabía bien, si lo había visto jugar a Huracán y cómo y por qué ganaba el metropolitano, era una herramienta importante para ganarse la amistad de la familia. De pronto, empezaba a hablar de política. Y ahí empezaba la parte más profunda de su tarea. Qué pensaba la familia. Qué esperaba. Qué le gustaba de Perón, qué no. Si habían vivido los primeros gobiernos. Si querían que siguieran gobernando los militares. Qué pensaban de la juventud peronista. Y, por último, qué pensaban de la violencia, de las formaciones especiales. Este trabajo de superficie, *territorial*, más necesario, era a causa de no disponer de los medios de comunicación. A la casa de la familia el régimen entraba con la televisión, el pueblo con el militante, esto se pensaba y estaba bien pensado. Cuando el 17 de noviembre el militante Jorge Rulli, en un arranque de entusiasmo combativo, grita: "¡A los barrios! ¡A tomar los barrios!" sabía lo que decía, pero no ignoraba que los barrios –muchos de ellos– estaban tomados. Tomados por la tarea territorial de la militancia. (Ver: *La voluntad*, ed. cit., p. 655.) También sabía lo que decía el general Viola cuando, en 1977, en IDEA, habló sobre "La lucha contra la subversión" y destacó la importancia de la "subversión territorial". Y cómo fue eliminada. (*Nota:* Los empresarios habrán escuchado satisfechos. Notable coherencia la de IDEA. Siempre es admirable una línea de conducta que no se quiebra. El capitalismo es así. Siempre sabe dónde están sus mejores aliados. En 1977 eran el general Viola y sus campos de concentración. Qué horrible, en verdad. ¿Era necesario que apoyaran algo tan extremo? Parecerá una pregunta idiota. Pero la elección de la metodología francesa en Argelia no era la única que tenía el ejército argentino. ¿No hubo un empresario que lo dijera? Ese día, ¿no hubo nadie de IDEA que le dijera a Viola que el camino elegido había fracasado en Argelia y en Vietnam y se consideraba innecesariamente cruel? No, nadie. Además, en 1977, lo esencial de la matanza estaba hecho. Ya estudiaremos la Escuela Francesa. Si no, no se entiende nada.) Porque, en efecto, se eliminó la "subversión territorial" con tanta saña como la subversión armada. Como parte del trabajo territorial, muchos actores montaban obras en las villas miseria. Norman Briski, Víctor Laplace, Juan Carlos Gené y muchos más. Iban a una villa y decían monólogos. O hacían una pieza breve. O el fragmento de una extensa. O cantaban. Y hablaban con la gente. Siempre, siempre hablaban con el público de las villas. Era para eso, sobre todo, que iban.

La militancia territorial era la *creación* de poder. Para los que sosteníamos esta militancia por sobre todas las otras, era claro que el poder no salía del fusil. Era claro que consignas como "Fusiles y machetes por otro 17" no nos expresaban. Los militantes barriales eran los verdaderos militantes de base. Eran la antítesis del foco. En cierto momento de Montoneros –cuando dejan las armas y se dan una política de superficie– esta militancia pasa a primer plano. Pero los fierros la estropean de inmediato. Cuando los fierros ocupan el territorio, la militancia territorial desaparece. Se produce el reflujo y lo único que queda es la crítica de las armas. Que –si recordamos la concepción de Marx– no puede transformarse en *fuerza material* si no se *apodera de las masas*. Toda violencia alejada de las masas es violencia de aparato. De aquí que la militancia territorial sea un largo trabajo que antecede a cualquier otra acción, pues toda acción deberá basarse en la movilización del pueblo. Resulta poco aceptable que un gobierno como el actual no realice este trabajo esencial de la política de masas. La falencia proviene de una sobrevaloración de los medios de difusión. Que este gobierno tampoco los tiene. ¿Cómo, entonces, es posible que un gobierno de base peronista, que reclama una inserción en las tradiciones militantes de los '70, no lleve a cabo militancia territorial, formación de cuadros? En 1973, cuando marchó a Gaspar Campos a "romper el cerco", la Jotapé decidió esta medida el día anterior. Al siguiente tenía 100.000 personas en la calle. El actual gobierno, en cambio, fue superado en masividad por el bloque llamado "el campo" en esa competencia de fuerzas que se hizo el año pasado en la Av. 9 de Julio. Cierto: "el campo" nucleaba todo. Ahí estaban el estanciero Miguens, el piquetero Castells, el señor Blumberg, la procesista Pando, el PO y algunos que he preferido olvidar. Pero el "peronismo" sólo se redujo a su aparato movilizable. ¿Cómo es posible? ¿No hay bases? ¿O no las tiene *este* peronismo? ¿Las tiene Duhalde, el gran candidato de la derecha, el peronista al que los gorilas aman? Tampoco. No las tiene nadie. Las bases están abandonadas. Porque está abandonada la política de base. Lo que los jóvenes de los '70 llamaban: la organización territorial del pueblo. Este era el poder que se creaba a través de la militancia. *Porque el poder se toma. Pero el poder para tomar el poder se crea.* Se decía esta frase durante esos años. No estaría mal volver a pensarla.

No llegamos a entrar en el tema prometido: Cámpora. Pero si consideramos a lo que hemos dicho aquí como una INTRODUCCIÓN acaso se nos disculpe esta carencia. Escribimos –supongo que lo hemos dicho antes– con gran libertad, sin demasiados esquemas. Las ideas surgen más frescas, más potentes si no nos ceñimos a nada y les permitimos su autónomo y hasta, a veces, anárquico surgimiento. Pero en una reflexión (y larga) sobre el peronismo nadie se escapa de Cámpora. Menos nosotros que seguramente habremos de disfrutar escribiendo sobre alguien a quien tanto queremos. De los pocos.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Cámpora, el elegido de Perón II

algo ya no podría ser *todo*. De ser *algo* tendría que elegir a los que eran como él. Y ser Perón era ser *todo*. El punto en el que todas las contradicciones del movimiento encontraban su *unidad*. El cuerpo de Perón era la *unidad del peronismo*. El problema se le presenta a partir del 20 de junio de 1973. Es la Tendencia la que no acepta su conducción. Primero le pide compartirla. Le pide partir al *todo* en dos partes. Imposible. Luego lo desobedece. Al hacerlo lo obliga a combatirla. Para combatirla tiene que elegir a unos en contra de otros. Al hacerlo deja de ser ese *significante vacío* que podía contener a todos los significantes. Ahora él es un significante más. Ya no es la *unidad del movimiento*. Es una parte, pues ha debido optar por una. En suma, la Juventud Peronista mata a Perón en tanto *totalización última, significante vacío y unidad del movimiento.*

EL PODER PARA TOMAR EL PODER SE CREA

Ignoro si –como dicen Anguita y Caparrós– habrán sido Elvio Vitali y su amigo los inventores de la consigna del *doble poder*: "La Casa de Gobierno/ cambió de dirección/ Está en Vicente López/ Por orden de Perón". Aunque, si uno lo piensa mejor, si se detiene un poco, tiene que haber sido así. De lo contrario, Anguita y Caparrós no lo habrían contado. Y ellos son gente de fiar. Porque –por suerte– todavía se puede creer en algunas personas. Entonces a la consigna del *doble poder* le diremos también la consigna de Elvio y el Negro. Se trata de una consigna fundamental para entender la historia del peronismo desde el '55 hasta el regreso de Perón y hasta la tercera presidencia del líder popular.

En el frío mes de diciembre de 1984, en la Universidad de Maryland (por eso el diciembre era frío), hubo un congreso de escritores y ensayistas. Mi ponencia giró en torno del tema *política y verdad* y uno de sus pasajes esenciales llevaba por título: *El doble poder*. Durante la época en que surgió la consigna del doble poder "se hablaba más de la *creación* del poder que de la *toma* del poder. El poder se creaba a través de la movilización popular. (*Nota:* No es casual que el Nº 9 de *Envido*, de fecha mayo de 1973, salga con una tapa cuyas grandes letras dicen: *Gobernar es movilizar.* Esta notable consigna –siempre presente, siempre necesaria en teoría política– fue fruto de la imaginación y el talento de Horacio González. Para todos nosotros resultó luminosa. Como cualquiera podrá imaginar, cuando Perón, el 21 de junio del '73, larga su orden de iniciar la "etapa dogmática", nosotros no podíamos sentirnos agradados por esa propuesta. Lo veremos. Pero, quién no lo ve, Gobernar es movilizar y Etapa dogmática son antónimos. Una consigna propone la libertad, la imaginación, la creatividad más absoluta. La otra es autoritaria y dictatorial.) Había un *poder del sistema*. Un poder institucional representado por la gran burguesía y las Fuerzas Armadas. Y había un *poder popular*. Un poder que se construía en el llano. Un poder que surgía de la organización militante del pueblo.

"Había, entonces, dos casas de gobierno: esto quería decir en su nivel profundo la consigna que citamos. Una era ilegal, no respondía a la voluntad popular. La otra era verdadera, legal, estaba legalizada por la adhesión de las masas. El verdadero presidente de los argentinos era Perón aun cuando no habitara en la Casa Rosada. Porque Perón era el político cuyo liderazgo reconocía la mayoría y por cuyo retorno había luchado dieciocho años" (*Represión y reconstrucción de una cultura: el caso argentino*, Eudeba, Buenos Aires, 1988, p. 87). (*Nota:* Causó irritación mi ponencia. En 1984 la intelectualidad pertenecía al alfonsinismo y algunos habían incurrido en un gorilismo intenso. Sobre todo, creo, los profesores del exilio universitario que impulsó Onganía. Adolfo Prieto –a quien yo estimaba, pues había leído un buen par de libros suyos sobre teoría crítica– me dijo, con enojo, cómo me parecía pertinente tratar en la primera parte de mi trabajo el *Facundo* y en la segunda eso del "doble poder" de la Juventud Peronista. "Es ponerlos en un mismo nivel." Bueno, pero me he jurado no revelar intimidades de ese congreso. Sólo insistiré en el inefable maestro Halperin Donghi y su anécdota sobre Delia Parodi y los Jotapé que la visitaron. ¿Quién si no él, con su ácido humor, tan corrosivo, podía desnudar la esencial idiotez de la generación del '70? Brevemente: los jóvenes le hablaron a la señora Parodi de Evita, de la apasionada visión que de ella tenían. Y, apenas aguantando la carcajada, don Tulio dice: "Y la Parodi les dijo: 'Pero miren que la señora no era así, eh'". Jamás voy a perdonar esto. Sé que don Tulio ha sido generoso con gente que quiero, como Jorge Lafforgue, que le escribió un gran prólogo para un libro sobre los caudillos argentinos, sé que leí ese prólogo y me pareció bueno, pero no: no puedo perdonar ese chiste siniestro. Para don Tulio (lo dijo en Maryland): "Esa generación iba alegremente al desastre". El país entero iba al desastre, don Tulio. Menos usted, que daba clases en Estados Unidos porque Onganía lo asustó mucho.)

El *doble poder* no llevaba a la militancia a la paralización. Un poder en Madrid. Otro en la Casa Rosada. Había que unificarlos. Había que poner al hombre de Madrid en Balcarce 50. Para eso había que militar. ¿Qué era militar? A ver si los políticos de hoy entienden esto: la militancia era territorial. Se trabajaba barrio por barrio. Los militantes tocaban los timbres de las casas y pedían hablar con las familias. Muchos eran aceptados, otros no. Pero el diálogo era mayoritario. Los militantes hablaban con los vecinos y les explicaban la coyuntura, lo que estaba en juego, la necesariedad de la participación de todos para recuperar una democracia popular. No era fácil. El militante siempre tenía una Unidad Básica en el barrio, que era su ámbito de discusión y de formación política. Ahí se elaboraba lo que saldría a decirle a la gente. Había que empezar hablando de las cosas cotidianas. Del pan, del azúcar, del alza de la carne. Y por supuesto: del fútbol. El militante de 1973 tenía que saber mucho de Huracán y del flaco Menotti. Huracán era el ejemplo a seguir. Sus jugadores no sólo jugaban bien, sino que tenían un compromiso con la política. Menotti, que era el DT, seguramente los había impulsado a la politización. En 1973, los jugadores de Huracán (que habría de ganar el campeonato metropolitano, un campeonato que surgió luego de eliminar el largo campeonato nacional que abarcaba el año entero) firmaron una solicitada de apoyo al peronismo. Coincidiendo en que existían países imperialistas y países dominados, abrazaban la opción fundamental de la época: *Liberación o Dependencia*. También Menotti firmó esa solicitada. (*Nota:* A mí me revienta cada vez que veo una foto de Menotti con Videla. Y habría dado –según suele decirse– *no sé qué* para que esa pelota que pegó en el palo de Fillol entrara y Holanda no le recibiera la Copa a Videla. Sin embargo, honor al mérito. Como a Menotti ya lo tienen podrido con el Mundial del '78, cierta vez dijo: "Miren, ya estoy harto con esto del Mundial. Se lo regalo a Bilardo. Lo ganó él". Consultar: Roberto Di Giano, *El fútbol y las transformaciones del peronismo*, Leviatán, Buenos Aires, 2006.) Esto, si el militante territorial lo sabía bien, si lo había visto jugar a Huracán y cómo y por qué ganaba el metropolitano, era una herramienta importante para ganarse la amistad de la familia. De pronto, empezaba a hablar de política. Y ahí empezaba la parte más profunda de su tarea. Qué pensaba la familia. Qué esperaba. Qué le gustaba de Perón, qué no. Si habían vivido los primeros gobiernos. Si querían que siguieran gobernando los militares. Qué pensaban de la juventud peronista. Y, por último, qué pensaban de la violencia, de las formaciones especiales. Este trabajo de superficie, *territorial*, más necesario, era a causa de no disponer de los medios de comunicación. A la casa de la familia el régimen entraba con la televisión, el pueblo con el militante, esto se pensaba y estaba bien pensado. Cuando el 17 de noviembre el militante Jorge Rulli, en un arranque de entusiasmo combativo, grita: "¡A los barrios! ¡A tomar los barrios!" sabía lo que decía, pero no ignoraba que los barrios –muchos de ellos– estaban tomados. Tomados por la tarea territorial de la militancia. (Ver: *La voluntad*, ed. cit., p. 655.) También sabía lo que decía el general Viola cuando, en 1977, en IDEA, habló sobre "La lucha contra la subversión" y destacó la importancia de la "subversión territorial". Y cómo fue eliminada. (*Nota:* Los empresarios habrán escuchado satisfechos. Notable coherencia la de IDEA. Siempre es admirable una línea de conducta que no se quiebra. El capitalismo es así. Siempre sabe dónde están sus mejores aliados. En 1977 eran el general Viola y sus campos de concentración. Qué horrible, en verdad. ¿Era necesario que apoyaran algo tan extremo? Parecerá una pregunta idiota. Pero la elección de la metodología francesa en Argelia no era la única que tenía el ejército argentino. ¿No hubo un empresario que lo dijera? Ese día, ¿no hubo nadie de IDEA que le dijera a Viola que el camino elegido había fracasado en Argelia y en Vietnam y se consideraba innecesariamente cruel? No, nadie. Además, en 1977, lo esencial de la matanza estaba hecho. Ya estudiaremos la Escuela Francesa. Si no, no se entiende nada.) Porque, en efecto, se eliminó la "subversión territorial" con tanta saña como la subversión armada. Como parte del trabajo territorial, muchos actores montaban obras en las villas miseria. Norman Briski, Víctor Laplace, Juan Carlos Gené y muchos más. Iban a una villa y decían monólogos. O hacían una pieza breve. O el fragmento de una extensa. O cantaban. Y hablaban con la gente. Siempre, siempre hablaban con el público de las villas. Era para eso, sobre todo, que iban.

La militancia territorial era la *creación* de poder. Para los que sosteníamos esta militancia por sobre todas las otras, era claro que el poder no salía del fusil. Era claro que consignas como "Fusiles y machetes por otro 17" no nos expresaban. Los militantes barriales eran los verdaderos militantes de base. Eran la antítesis del foco. En cierto momento de Montoneros –cuando dejan las armas y se dan una política de superficie– esta militancia pasa a primer plano. Pero los fierros la estropean de inmediato. Cuando los fierros ocupan el territorio, la militancia territorial desaparece. Se produce el reflujo y lo único que queda es la crítica de las armas. Que –si recordamos la concepción de Marx– no puede transformarse en *fuerza material* si no se *apodera de las masas*. Toda violencia alejada de las masas es violencia de aparato. De aquí que la militancia territorial sea un largo trabajo que antecede a cualquier otra acción, pues toda acción deberá basarse en la movilización del pueblo. Resulta poco aceptable que un gobierno como el actual no realice este trabajo esencial de la política de masas. La falencia proviene de una sobrevaloración de los medios de difusión. Que este gobierno tampoco los tiene. ¿Cómo, entonces, es posible que un gobierno de base peronista, que reclama una inserción en las tradiciones militantes de los '70, no lleve a cabo militancia territorial, formación de cuadros? En 1973, cuando marchó a Gaspar Campos a "romper el cerco", la Jotapé decidió esta medida el día anterior. Al siguiente tenía 100.000 personas en la calle. El actual gobierno, en cambio, fue superado en masividad por el bloque llamado "el campo" en esa competencia de fuerzas que se hizo el año pasado en la Av. 9 de Julio. Cierto: "el campo" nucleaba todo. Ahí estaban el estanciero Miguens, el piquetero Castells, el señor Blumberg, la procesista Pando, el PO y algunos que he preferido olvidar. Pero el "peronismo" sólo se redujo a su aparato movilizable. ¿Cómo es posible? ¿No hay bases? ¿O no las tiene *este* peronismo? ¿Las tiene Duhalde, el gran candidato de la derecha, el peronista al que los gorilas aman? Tampoco. No las tiene nadie. Las bases están abandonadas. Porque está abandonada la política de base. Lo que los jóvenes de los '70 llamaban: la organización territorial del pueblo. Este era el poder que se creaba a través de la militancia. *Porque el poder se toma. Pero el poder para tomar el poder se crea.* Se decía esta frase durante esos años. No estaría mal volver a pensarla.

No llegamos a entrar en el tema prometido: Cámpora. Pero si consideramos a lo que hemos dicho aquí como una INTRODUCCIÓN acaso se nos disculpe esta carencia. Escribimos –supongo que lo hemos dicho antes– con gran libertad, sin demasiados esquemas. Las ideas surgen más frescas, más potentes si no nos ceñimos a nada y les permitimos su autónomo y hasta, a veces, anárquico surgimiento. Pero en una reflexión (y larga) sobre el peronismo nadie se escapa de Cámpora. Menos nosotros que seguramente habremos de disfrutar escribiendo sobre alguien a quien tanto queremos. De los pocos.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Cámpora, el elegido de Perón II